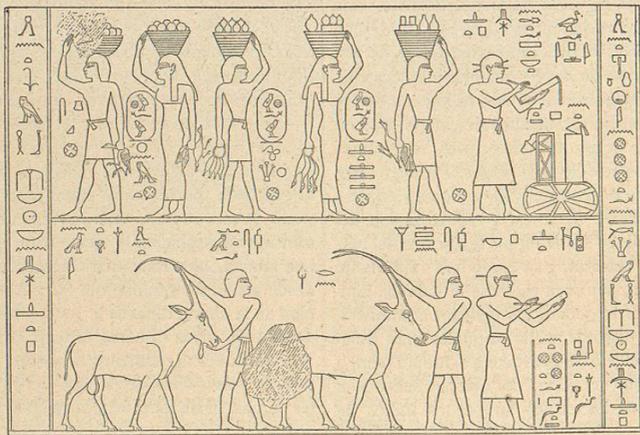


de «amigo íntimo, funcionario de palacio y consejero secreto,» pero los servicios que tenía que prestar en palacio se reducían indudablemente á ocupar en las grandes solemnidades detrás del soberano el puesto que le correspondía por su título en la corte. Otro era amigo íntimo del Faraon, consejero secreto de la casa de la adoración y también sacerdote del soberano ó de sus antepasados, ó «guarda de la corona,» y lo propio podía decirse de otros muchos magnates, parientes ó no del monarca. Indudablemente se procuraba que todos los vasallos ilustres, y especialmente los grandes propietarios mas influyentes, estuvieran en relaciones personales con el soberano

y quedaran, por tanto, encadenados al gobierno, á cuyo efecto se les confería un cargo titular, institucion que recuerda el *tchin* de los rusos. En los documentos oficiales—como lo son todas las inscripciones funerarias—encontramos estas relaciones de simple fórmula. No puede, pues, ponerse en duda, despues de lo que llevamos expuesto, que realmente existió en Egipto una nobleza que, no por sus privilegios de clase, sino por su poder material, ejercía gran influencia política y tenía vinculados en sus familias los mas importantes cargos públicos. A funcionarios que no ocupaban puestos muy elevados encontramos en posesion de cuantiosos bienes,



«Presentación de los dones-sacrificios, de sus aldeas del país del Norte, cada día de fiesta.»  
Del sepulcro de Heta en Gizeh (Lepsius: *Mon.* tomo II, pág. 23).

Los secretarios apuntan los dones entregados: en la línea inferior se conducen cabras; los aldeanos y las aldeanas de la primera línea representan las distintas aldeas cuyos nombres se citan á su lado, en su mayor parte tomados de las inscripciones del rey Chufu.

por ejemplo, en la quinta dinastía, Urchuu, que llegó á ser «juez y presidente de los escribientes de las dos grandes casas (tribunales)» y que indudablemente descendía de una antigua familia ilustre y rica, pero que no quería que los negocios de Estado le robaran demasiado tiempo.

Puede abrigarse la duda de si estos nobles, que en las inscripciones vemos mencionados con los nombres de *sa'h* y *ser*, proceden de una antigua nobleza de distrito que subsistió aun despues de la formación del Estado unitario, ó de si debieron su origen á la monarquía, saliendo de los funcionarios de ésta y de los descendientes del soberano. Cada uno de ellos poseía grandes bienes con muchas aldeas, pero estas no se encontraban en un mismo distrito, sino que estaban diseminadas, como varias veces hemos hecho notar (1) y como demuestran algunas narraciones especiales, diseminadas por todo el imperio. Una parte de estas aldeas llevan nombres que están formados por el de un soberano, sin duda porque éste las había concedido á sus poseedores ó á sus antepasados; otras llevaban denominaciones adecuadas á los productos que de ellas salían (pan, pescado, vino) ó bien eran llamadas segun otras consideraciones, especialmente religiosas: por regla general, tenían además el nombre del poseedor. En cuanto á los lugares de segunda categoría, debemos considerarlos como antiguo patrimonio hereditario de las familias. Es cierto que con las cuantiosas donaciones se aumentó considerablemente el poder de la nobleza y el país llegó en su

(1) En las fórmulas usuales en las inscripciones se dice: «Presentación de los sacrificios de muerte de todas sus aldeas del Norte y del Sur,» etc.

mayor parte á estar entre sus manos; pero es también muy verosímil que existiera al lado de la aristocracia burocrática una antigua nobleza hereditaria, protegida intencionadamente por los reyes para que sirviera de contrapeso á la primera (2). Si no hubiera existido una institucion antigua é impedeciera, no se comprendería por qué razón los reyes se desprendieron de una porcion tan importantísima del territorio.

Respecto del modo de administrar estos bienes de la nobleza, tenemos datos precisos que nos proporcionan las inscripciones de los sepulcros. Enfrente del sirvo estaba el señor en situacion muy parecida á la que tenía el rey sobre sus vasallos. También encontramos muchos funcionarios: escribientes que debían anotar los productos del campo, de la ganadería, de la pesca y de la caza y comprobar las cuentas; presidentes de las casas de provisiones, mayordomos, inspectores y sub-inspectores que, armados de palos, debían vigilar á los trabajadores del campo, distribuidos en brigadas. Al frente de los labradores estaban los presidentes de aldea, que debían cuidar de que se entregara de los productos totales la porcion debida y presentarse de cuando en cuando á los escribientes para hacer la liquidación. Un dibujo muy generalizado demuestra que ya entonces, lo mismo que ahora, no se recaudaban las contribuciones sin tener que apelar á la vio-

(2) Una dice repetidas veces en su inscripcion: «El rey me quería mas que á todos sus *ser* y que á todos sus *sa'h* y que á todos sus servidores.» Marcarán estas frases el orden y precedencia de las diversas categorías?

lencia. Por lo demás, los señores nobles se alababan comunemente de no haber abusado de su posición: «Yo administré y ejercí justicia; colmé de beneficios á cuantos á mi alrededor estaban; nunca hice daño á nadie; viví en paz é hice lo que debía, siendo amado por mi padre y por mi madre, considerado por mis compañeros, amable con mis hermanastros y amado de mis servidores;» ó bien: «Fuí amado por la gente, nunca pegué... en la época del nacimiento, no me apoderé de nadie por fuerza; hice lo que á la gente le gustaba» ó bien: «Fuí devoto de Dios y practicó la hermosa justicia (1).»

Bastante parecida á la de los labradores de los dominios de la nobleza fué la condicion de los de las demás partes del territorio que estaban sometidos á la administracion del rey y que entregaban sus productos á los dos graneros y á los demás almacenes de la capital. Ignoramos el procedimiento que se seguía con los impuestos y contribuciones—que naturalmente se pagaban en especie—ni si debían también pagarlas los nobles y sus vasallos, ni de qué manera prestaban los distritos sus contingentes militares; tampoco podemos decir si los labradores sometidos á la administracion del rey gozaban de otra situacion legal y de mas libertad que los siervos de los magnates. Por casualidad sabemos que grupos «de siervos del monarca» ayudaban á los trabajadores de los propietarios en la recolección de la cosecha (2), y además una se alaba de que como administrador del Sur revisó dos veces «la posesion del fisco en todo el país meridional y las horas correspondientes al fisco,» es decir, el tiempo fijado por la ley para la corbea. De suerte que contra la explotacion arbitraria de los labradores había señalados ciertos límites, por mas que entonces, como ahora, se abusara de ellos mas de lo conveniente para los servicios del Estado, especialmente para las grandes construcciones.

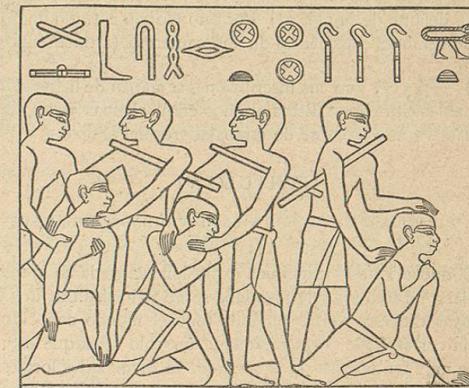
Carecemos en absoluto de datos para fijar la situacion de los habitantes de las ciudades, cuya libertad personal hemos deducido de algunas manifestaciones aisladas. En realidad, apenas se concebiría que las grandes obras que el Egipto ofreció en el terreno de la industria y del arte fuesen realizadas por una poblacion vasalla, y tampoco podemos aceptar que fuesen siervos los funcionarios de inferior categoría no pertenecientes á la nobleza. Interesante en extremo sería averiguar si los altos empleos eran accesibles á toda la poblacion libre, y si hubo, y en caso afirmativo hasta qué punto, advenedizos entre los magnates del Antiguo imperio. Ya se comprenderá que las explicaciones é inscripciones de los sepulcros, en las cuales se refleja la vida de los magnates y de sus súbditos, nada dicen acerca de esto.

Puede considerarse hasta cierto punto el sacerdocio comprendido entre las clases burocráticas del Antiguo imperio, pues hasta los sumos sacerdotes se nos presentan como servidores del rey, lo mismo que los demás funcionarios, y se alaban, como estos, «de haber gozado del corazón de su señor, de haber sido honrados por el monarca como otro servidor cualquiera y de haber hecho diariamente lo que era de su agrado.» Un sumo sacerdote de Menfis se titula «consejero secreto para todos los trabajos cuya realizacion deseaba el rey, enteramente lo mismo que el tesorero mayor. Es indudable que los mas altos dignatarios eran nombrados por el rey, por mas que de hecho se transmitiera, con mucha frecuencia, el cargo por herencia. Como sumos sacerdotes de Heliópolis y Hermópolis funcionaban las mas de las veces hijos del rey. A pesar de tan inmediato contacto, estos cargos se distinguían marcadamente unos de otros. Ninguno de los tí-

(1) Lepsius: *Mon.*, tomo II, págs. 43, 46, 72. Mariette: *Mast.*, E 17, D 60.

(2) Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 107 (sexta dinastía).

tulos cortesanos que ostentaban los funcionarios se concedía á un sacerdote, y así como las esposas de los magnates eran generalmente sacerdotisas de la Hathor de Dendera y de la Neit de Sais, raras veces los altos funcionarios estaban investidos de una dignidad espiritual (3), pues el hecho de que en su mayor parte cuidaran del culto de los reyes en los templos de las pirámides, demuestra la existencia de una institucion política pero no religiosa. De la misma manera los grandes del Sur eran, en virtud de su cargo jurídico, sacerdotes



Conduccion de los presidentes de aldea ante la autoridad superior para la liquidacion de cuentas  
(Del sepulcro de Ti, en Sakkarah)

de Ma'at, la diosa de la justicia, y—no sabemos por qué razón—de la Heqt con cabeza de rana, de Abydos. Únicamente los príncipes constituían una excepcion, pues muchas veces reunían los cargos de visir y de tesorero mayor con el de sumo sacerdote de Hermópolis: Merab era á la vez «tesorero de Dios» y sacerdote de Heliópolis, y el príncipe Ra'hotep, que durante la cuarta dinastía desempeñó este último cargo, pertenecía al propio tiempo al colegio de los grandes del Sur (4).

A cada uno de los muchos templos de Egipto pertenecían grandes posesiones de territorios y de gentes, que eran administradas por funcionarios, escribientes y presidentes del patrimonio del santuario. Sabemos que estos bienes estuvieron posteriormente exentos de contribuciones, y lo propio puede decirse respecto de la época del antiguo imperio, pues el santuario estaba completamente exceptuado de la administracion del resto del país; los «sumos sacerdotes y presidentes del patrimonio del templo» conducían, por ejemplo, á la guerra, cuando era necesario, los contingentes de sus posesiones, que estaban completamente separados del contingente del Sur, del del Norte y del cuerpo de las tribus negras vasallas (5).

Entre los grandes sacerdotes, que, á lo menos por su número, eran en el Antiguo imperio de inferior categoría que los altos funcionarios administrativos, había, al parecer, tres que ocupaban el puesto mas elevado: á saber, «el grande de los cinco,» es decir, el sacerdote de Thot de Hermópolis; el Urma, es decir, el sacerdote de Tum de Heliópolis, y el gran sacerdote de los dioses de Menfis, Ptah y Sokar. Este último

(3) Una de estas excepciones constituye el magistrado Urchuu, que era á la vez sacerdote de Osiris. Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 44 a, y algunos casos semejantes se encuentran en Mariette: *Mast.*

(4) Lepsius: *Mon.*, tomo II, págs. 15-34 g; idem 18. Mariette: *Monuments divers*, pág. 18.

(5) Inscripcion de Una, líneas 14 y 18.

debía su importancia á la circunstancia de residir la corte cerca de estos dos templos, por cuya razon el rey tomaba parte en las fiestas de los dioses de Menfis y los sumos sacerdotes pudieron alabarse «de subir en la barca Utesnutru (la barca del rey) y de entrar en el sendero de la corte en todas las procesiones solemnes (1).» Tenían además la misión especial de preparar artísticamente y adornar con inscripciones las piedras planas para los sepulcros que se extraían de las canteras de piedra caliza de Ro'au (en griego Troya, hoy Turra) en la cordillera arábica (Aian, Lepsius, *Mon.*, II, 37 b. 9), delante de Menfis (2). Por esto usaban el título honoroso de «grandes presidentes de los canteros» (artífice supre-

mo) , y en sus inscripciones se alaban de haber sido «amables con ellos.» Estos últimos eran, algunas veces, designados con el nombre de «trabajadores del templo.»

## CAPITULO VI

## LA RELIGION DEL IMPERIO Y LAS DIVINIDADES DE LA LUZ

El nuevo Estado exigía una expresión adecuada en la teología: á un solo rey que mandaba sobre todos los distritos y á cuyas órdenes estaba sometido todo el mundo conocido, debía corresponder necesariamente un solo Dios que estuviese muy por encima de la pléyade de divinidades locales. De esta suerte, Ra y Horo, los dos dioses solares, llegaron á ser las divinidades nacionales del Egipto: el primero es el rey más antiguo de la tierra y gobierna actualmente el mundo desde el cielo; el segundo es su vigoroso hijo, que, como vimos, se manifiesta en cada soberano «hijo de Ra» de la misma manera que otras divinidades se manifiestan en sus animales sagrados. Por esto Ra es objeto de un culto oficial en la capital que va anejo á los obeliscos, construidos por el rey en honor de Dios y formados por una sola piedra muy alta y terminada en punta que está asentada sobre una an-

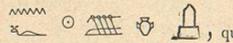
cha basa () . Cualquiera que fuese el significado que en su origen pudieron haber tenido, lo cierto es que en tiempos posteriores nadie ha podido explicarlo; sospecho que no son sino los *masebes* de los cananeos, ó muy parecidos á ellos (3), es decir, unos bloques de piedra en los cuales se manifiesta la divinidad, muy semejantes á los que hemos visto hablando del culto de Amsi, con la sola diferencia de que en Egipto estos monumentos dedicados al dios tutelar de todo aquel floreciente imperio, tenían grandes dimensiones y afectaban formas artísticas. Cada uno de estos obeliscos tenía su nombre especial y un sacerdocio, con un presidente al frente, compuesto de «servidores de Dios» y de «puros.» Así, por ejemplo, encontramos sacerdotes de Ra en el obelisco de Schopuabre («elegido del corazón de Ra») (4), en el obelisco de Sepre, en el de Astabre' (residencia del corazón de Ra), en el de Chutre' (horizonte de Ra), etc.

(1) Véase más adelante.

(2) Véanse las interesantes inscripciones de Mariette: *Mast.*, D 12 (más adelante) y Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 37. La extracción de las piedras incumbía al tesoro de Dios (inscripción de Una, línea 5), que también menciona Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 37.

(3) Véase el dibujo en la *Historia de Israel*, de Stade.

(4) La base de estos obeliscos se ha de reconocer en los restos de la pirámide de Riga, al Norte de Abusir? Según Perring, el monumento se componía de dos cuerpos unidos, de los cuales el inferior era perpendicular como una mastal a y el superior afectaba la forma común de las pirámides. En un bloque de piedra encontró Perring una relación del

rey Ra'enufer, y en otra los signos , que son el nombre del citado obelisco.

Junto á éste, era adorado Horo en la capital. Encontramos sacerdotes «de Horo en palacio,» «de Horo en el horizonte,» etc.; muchas veces este dios está representado como la diosa Nechebt como un gavián con el sello del Faraón en las garras, ó en forma de un disco solar con alas, flotando encima del soberano. La inscripción que le acompaña le designa como dios de Edfú: el culto de este distrito ha servido de punto de partida á esta opinión. Hasta qué punto es éste el dios nacional, lo demuestra el hecho de que muchas veces para expresar la palabra Dios se emplea el signo

del gavián , que también se pone como determinante tras del nombre de la divinidad.

Ra y Horo están íntimamente relacionados: ambos se denominan «dioses del horizonte» (5) en el cual nacen cada día; ambos combaten y vencen á los poderes de las tinieblas — Ra á los rebeldes contra su soberanía y á la mala serpiente Apop, y Horo á su hermano Set; — ambos son soberanos poderosos que llaman á la vida á todos los seres. Sin embargo, no son idénticos y están completamente separados no solo en el culto sino también en la idea. Ra es el soberano eterno, inaccesible, que por medio del brillo del sol puede ejercer una influencia terrible pero también benéfica. Horo está más cerca de los hombres; es el dios joven que siempre nace de nuevo para luchar y vencer. No se le puede concebir sin su hermano gemelo Set, ó Sutech, como se le llama en el Bajo Egipto, que es el poder de las tinieblas, que siempre resulta vencido, que, mutilado por Horo en la lucha, se levanta siempre para luchar de nuevo, y que, á pesar de sus derrotas, es un dios poderoso y temible para los hombres. Como enemigo del nacional, es señor del extranjero, del enemigo, del desierto y del mar, el dios de la esterilidad y de la aridez, en oposición al dios bienhechor de la luz. Por esto ambos adversarios acabaron por reconciliarse y repartirse el mundo, obteniendo Horo el Egipto y Set el territorio «rojo» del desierto. Para asegurarse el bienestar en la tierra y después de la muerte, es preciso que Set sea tan propicio al hombre y le dispense su protección como el mismo Horo — estas dos divinidades juntas forman la primera noción de todo poder. — Por eso el rey lleva el título de «Horo y Set,» y una leyenda, que sin embargo está en contradicción con la idea más correcta há poco mencionada, refiere que los dos adversarios se distribuyeron la soberanía de Egipto.

De la misma manera que Horo tiene un culto en muchos distritos, especialmente en Edfú (siendo muy probable que de divinidad local pasara á ser dios solar) (6), lo tiene también Set. Los puntos en que se le rinde culto están naturalmente situados en los distritos fronterizos, cuyas poblaciones no pertenecen por regla general á la nacionalidad egipcia; pueden citarse entre ellos Ombos, en la frontera nubia, donde lleva el título de «señor del país del Sur;» y en el delta

(5) Ra'chuti ó Ra'mchuti 

y  Harchuti: ambos están, en el Antiguo Imperio, completamente separados, pero después se confundieron formando la unidad Ra'Harmchuti (Harmachis) que por una equivocación es designada como «Ra de Horo en los dos horizontes (del Este y del Oeste).»

(6) Considero muy digno de ser tenido en cuenta el hecho de que el sacerdocio de Edfú hizo de su dios local, representado por un gavián, un dios solar, á consecuencia del desenvolvimiento de la mitología y de la teología. Esta transformación se realizó en tiempos muy antiguos. Lo propio aconteció después con el Horo de Hebenu, Sechem, etc., y con el Harsupd, adorado en el Delta oriental. El dios local no llevó, en todas partes, desde un principio, el nombre de Horo, antes bien se le identificó con el Horo-sol, de la propia manera que el sacerdocio de Busiris encontró á Osiris en su columna Ded.

oriental, el oasis de Fayum, unido desde antiguo con el valle del Nilo, en el cual tiene su templo. Se le representa bajo la forma de un animal fabuloso con la boca puntiaguda, orejas

de asno y cola larga y enhiesta . El hipopótamo y el cerdo y también la cabra son los animales cuya forma adopta. Es muy probable que el sér poderoso y pérfido á quien en estos lugares se veneraba junto al dios cocodrilo Sebak — muy distinto de Set, contado en el sistema teológico entre los dioses de la luz y después colocado á la misma altura que Ra — nada tenga que ver, por su origen, con el adversario mítico de Horo, sino que sea un dios de procedencia extranjera á quien se identificó con el último. El mismo hecho de llevar dos nombres, Set y Sutech — este último era el más usado en el Delta, — demuestra que hubo una fusión de cultos locales.

Con el perfeccionamiento del culto del sol, entró la religión egipcia en un nuevo estadio: de la adoración del sér de la luz nació la mitología. La suerte y las transformaciones que sufren los cuerpos luminosos, las luchas que sostienen con las tinieblas, la influencia que ejercen sobre la tierra, son cosas que se procura comprender y concebir, y de ellas se forma una idea como si fueran acontecimientos terrenales. Ra recorre en la barca del sol el Océano celeste como el rey recorre el Nilo; ó camina por la bóveda de bronce que, como el techo de una casa, descansa sobre cuatro pilas tras y que fué construida por su hijo Schu, dios del aire; ó el sol ó la luna son los ojos brillantes de Horo. «El día del terror» ó sea durante un eclipse, Set penetró en la estrella de luz bajo la forma de un jabalí (1) y arrancó á Horo un pedazo de sus ojos, pero éste se defendió y mutiló á Set y Thoth, el dios lunar se apareció — ya hemos visto que ejerce su actividad durante la ausencia del sol — y remedió el mal «llenando el ojo de Horo,» de modo que quedó tan brillante como antes (2). Todas estas cosas no son, como se ha creído, poéticas descripciones naturales, sino tentativas formalmente emprendidas para explicarse la esencia del fenómeno enigmático de la naturaleza. Pero todas estas creencias míticas, apenas fijadas, comienzan á separarse del fundamento del cual han nacido y á desenvolverse por sí mismas ó á relacionarse con otras narraciones en su origen independientes. Así toda forma mítica engendra al padre y al abuelo.

Hay en Egipto dos puntos que ofrecen una serie de problemas, aun no resueltos, á los pensadores que buscan una explicación, á saber: la relación del sol respecto del cielo y la del recién nacido dios solar con el sol del día anterior. El cielo es una diosa luminosa que pare al sol en el horizonte y amamanta y cria al sol joven, en cuanto se levanta: cuando el dios brilla con fuerza y se entroniza victoriosamente en medio de la bóveda celeste, entonces ya no es el hijo de la diosa, sino su esposo que ha llegado á la plenitud de su fuerza viril y que procrea de ella un hijo que es el sol del día siguiente. De esta manera, el sol se divide en dos divinidades: el viejo dios del sol se hunde en el imperio de Occidente, en las tinieblas — sea que vencido por el poder de la oscuridad, Set, encuentre allí su muerte, sea que también allí, en el cielo de Occidente y en el espacio estrellado del infierno

(1) Por esto los egipcios mataban y destrozaban, durante el plenilunio, un cerdo para destruir al animal malo de Set (Plut., *De Is.*, 8. Libro de los muertos, 112, 6): para otros usos se consideraba impuro y estaba prohibido comerlo.

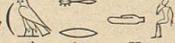
(2) Con esto se relacionan las nociones tan perfeccionadas en el Antiguo Imperio del «ojo de Horo,» cuyo verdadero sentido se presenta muy confuso. «Ojo de Horo» llaman los textos religiosos á todos los objetos buenos y útiles que pueden ser utilizados para sacrificios.

(duat) (3) quiera brillar y reinar. A la mañana siguiente, ha nacido su hijo para ocupar su puesto y para dominar al mundo con su indomable fuerza.

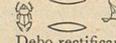
Tal es el principal contenido de la antigua mitología egipcia, que ha ido variando indefinidamente, según las ideas locales que le han servido de fundamento, á través de todas las épocas del desenvolvimiento egipcio. El joven hijo del sol es siempre y en todas partes Horo, unas veces concebido como niño (4), otras como hombre formado, ora como «vigoroso buey» que está en el cielo, ora como gavián volando. En cambio, el antecesor de Horo es unas veces Ra, otras el Tum de Heliópolis con quien se confundió antiguamente por completo, y otras el Osiris de Abydos. A su lado se desenvuelven divinidades puramente cosmogónicas, que nunca fueron más extensamente veneradas: así, por ejemplo, Chepera y Cheperer (5), dioses en forma de un gran escarabajo

pelotero  que hacen rodar delante de sí el huevo del sol y fecundan de este modo á Nut, diosa del cielo. El modo de ser del escarabajo, respecto del cual se creía que procreaba sin hembra, era considerado por los egipcios como en alto grado misterioso. De la propia manera había un gran número de diosas celestiales, en su mayor parte conocidas por nombres de significado especial, como Hathor, «la casa de Horo,» es decir, del sol (6), Ast (Isis), «el asiento» donde tiene su trono el dios-sol, Nebthat (Nephthys), «la señora de casa.» Hathor, la diosa de Dendera, es considerada ora como esposa de Horo, ora como madre del joven dios-sol, á quien amamanta. Isis es, en primer lugar, madre de Horo, y como tal esposa del anciano dios sol, Osiris (7). En especial es la diosa del horizonte oriental en el cual dió á luz á Horo: á su lado está Nephthys como diosa del horizonte oriental que ayuda á Isis en el cuidado del joven dios y á soportar la tristeza por la muerte del dios del antiguo sol, Osiris. Junto á estas figuras está la diosa del Océano celeste, Nut «de la cual sale Ra, y que da á luz á Ra todos los días» (Pir. Merenre, II, 7). Esta diosa no pertenece al culto religioso, sino que es una figura puramente mitológica: de ella ha salido un sér primitivo varón más abstracto, Nunu (8), el dios de la primitiva agua celeste, de la cual han salido todas las cosas, es decir, del caos. En su origen es el padre de Ra, y por tanto «el dios más primitivo,»

(3) En los textos de las pirámides se escribe : que con ello se quiso indicar el cielo occidental lo demuestra, por ejemplo, la pirámide Merenre, *Revista egipcia*, 1881, tabla IV, 30-32, en donde el difunto está entre el «Horo del Este» y el «Horo del duat.»

(4) *Har chrad*  pirámide Merenre, IV, 15), en el egipcio de posteriores tiempos *Harphechrad*, «Horo el niño,» en griego Harpócrates. Como niño lo representa la escritura jeroglífica con las

piernas paralizadas y chupándose un dedo  y como Harpócrates está así representado; los griegos hicieron de él un dios del silencio.

(5)  Pirámide Merenre, IV, 7.

(6) Debo rectificar mi antigua traducción de «casa alta.»

(7) Isis tiene una esfera de acción más extensa que Osiris. «Horo, hijo de Isis» no es, por lo mismo, en todas partes, hijo de Osiris. No me ha sido dado encontrar un culto local originario de Isis ni de Nephthys.

(8) Otros pronuncian el nombre Nuu ó Nun. Fundándose en la

escritura  (Pir. Merenre, II, 10) puedo creer que se pronuncia Nenu ó Nunu: los antiguos nombres masculinos egipcios termi-

nan con frecuencia en u. A su lado aparece un sér femenino  (Pir. Merenre, II, 10) Nenet (Nenu?), que Brugsch ha identificado equivocadamente con Nun. A su lado, están, como pareja correlativa, en el paraje citado, Schu y Tefnut.